

## RAMIRO LEDESMA RAMOS Gonzalo Sobejano

Formado también en juveniles lecturas de Nietzsche estuvo RAMIRO LEDESMA RAMOS (1905-1936), director del semanario político *La Conquista del Estado*, en 1931, y creador, en ese mismo año, de las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista (JONS), primera organización fascista de España.

En 1924 publicó Ledesma una novela: *El sello de la muerte* [8], cuyo subtítulo revela una saturación de aquellas lecturas: “La voluntad al servicio de las ansias de superación: Poderío y grandeza intelectual”. Va dedicada la obra a Unamuno y amparada bajo dos lemas: uno, de Fernando de Rojas, sobre la nobleza de las propias obras frente a la nobleza de los antepasados; otro, de Nietzsche: “Amo a los grandes desdeñosos, porque son los grandes adoradores, las flechas del anhelo hacia la otra orilla”, etc. [9].

Entre un breve principio y un breve final del autor se extienden, constituyendo el conjunto narrativo de la obra, las memorias de un personaje: Antonio de Castro. Antonio pierde a su padre, se enamora platónicamente de una tía suya nada platónica; viene a Madrid, y en Madrid escribe y politiqua al arrimo de un viejo, don Miguel de Velasco, que acaba decepcionándole. Una actriz, Lolita Brimé, se le entrega, pero rechazándole pronto, porque para ella ese amor era sólo un capricho. Habiéndole concedido su cuerpo una vez más, Lolita, neurasténica que había tomado excesiva dosis de morfina, muere entre los brazos del amante, el cual —desesperado a causa de todos y cada uno de sus choques con la realidad— pone fin a sus memorias y se suicida. Dice Ledesma en una autocrítica epilodal:

Si sobre Antonio de Castro no hubiera descendido esa influencia nietzscheana de la energía, se habría suicidado en el momento en que una de sus primeras desgracias o errores proyectaron sobre él las sombras del desconcierto (298).

Antonio de Castro, trasunto del adolescente Ledesma, es efectivamente un desconcertado: el exceso de sus afanes de perfección, plenitud y regeneración choca de continuo con las deficiencias de la realidad en la que se ve envuelto. En sus turbulencias florecen imaginarios ensueños nietzscheanos: el “Hombre-Dios” (p. 178), la “supervida” en la que la gran obra del cerebro no se viese entorpecida por vulgares enfermedades y pasiones carnales (212), la “superhombria” (242). Al mezquino Velasco le recuerda “una frase sublime de Nietzsche, el maestro de filósofos: ‘Amo al que quiere crear algo superior a él y sucumbe’” (260). Poco antes de quitarse la vida, confiesa haber perseguido tres fines; acabar con la literatura pornográfica y decadente, luchar por el predominio del Arte sobre las demás impresiones emotivas, y “cultivar con los brotes nobles de una vida sacrificada el ardor justiciero y las ansias de perfección” (292). Fracasado, se retira del combate, y el “autor” que hereda sus memorias ve grabado en caracteres rojos sobre la última página de ellas el sello de la muerte: “el sello de la Muerte que se ciñe sobre esta gran vida, sobre este brioso caudal de fuerzas y que parece lanzar un reto a todo lo que nace, vive y... muere” (293-294).

En tan caótica novela se aprecia por lo menos el esfuerzo de un ánimo deseoso de regeneración frente a un tiempo crítico. Ramiro Ledesma se dedicó después a estudios de filosofía y de matemática, para los que estaba singularmente bien facultado. Según Santiago Montero Díaz, colector de los *Estudios filosóficos* de Ledesma, “resonancias nietzscheanas y atentas lecturas de Burckhardt informan, en parte, sus concepciones históricas” [10], inclinándole a admirar “los tiempos caldeados en el heroísmo y el peligro”: el mundo griego, el Renacimiento. En algunos de esos trabajos filosóficos surgen opiniones sobre Nietzsche menos unívocamente admirativas que en la novela de mocedad: “por su carácter mismo de pensador arbitrario y genial, fue un hombre condenado a vivir a media luz”, dice en una ocasión, y en otra le agrupa con Unamuno, considerando a ambos “hombres geniales, si se quiere, pero que realizan (...) una labor subversiva y profundamente perturbadora” (*Op. cit.*, pp. 19 y 153).

El espíritu riguroso, sistemático e integralista que Ledesma había conseguido en sus labores de ciencia y filosofía encontró aplicación práctica a su realidad inmediata en una

dedicación que le absorbió por entero entre 1931 y 1936, año de su muerte: la política fascista.

Como no se trata aquí de definir ni de historiar en modo alguno el fascismo español, nos limitaremos a indicar sólo algunos vestigios del nietzscheísmo, más o menos mediato y desfigurado, que transparece en ciertas actitudes y declaraciones de Ramiro Ledesma y sus colaboradores, de Onésimo Redondo y de José Antonio Primo de Rivera.

Repasando la antología que hizo Juan Aparicio de *La Conquista del Estado*, el “semanario de lucha y de información política” dirigido por Ramiro Ledesma en 1931 (Ediciones FE, 1939) podemos distinguir el afán de aquellos jóvenes por ligar su ideario nacional-sindicalista a predecesores españoles en quienes, como hemos visto a lo largo de este estudio, operó sin duda una parte del pensamiento de Nietzsche. Aquellos jóvenes (Ledesma, Giménez Caballero, Aparicio, Aguado, etc.) buscaban apoyo en Unamuno, en Baroja, en Costa, en Ortega, en Salaverría. Juan Aparicio resaltaba esta frase de Baroja: “Hay que crear una solidaridad social que dé siempre una impresión de fuerza y de unión, y esta solidaridad no se puede constituir más que a base de ideal, de jerarquía y de disciplina” (12). Ramiro Ledesma (y esto nos parece muy importante, pues por ahí sí que pasó Nietzsche con seguridad, como ya mostramos línea a línea) recordaba la cruzada unamuniana para rescatar el sepulcro de Don Quijote, expresada en las primeras páginas de *Vida de Don Quijote y Sancho*, afirmando que Unamuno, antes que nadie, “dio el tono de guerra, y hoy nosotros, falanges jóvenes, desprovistos de literatura y de cara a la acción y a la eficacia política, vamos a recogerlo en sus mismas fuentes” (23). Transcribía muchas de las exhortaciones de Unamuno, glosando aquella “locura colectiva” que éste decía que había que “imbuir en las pobres muchedumbres”, estímulo a una empresa violenta y genial que movilizase a los pueblos europeos. Por su parte, Giménez Caballero, evocando la revuelta del costismo, estimaba que en la línea Unamuno-Ortega había que esperar al nuevo gran arbitrista, creador de una vigencia nacional: “Hay en Ortega aleteos imperiales muy comprometedores” (36). Y José María Salaverría es uno de los pocos escritores viejos que colaboraron en *La Conquista del Estado*, y en la aludida antología se puede leer su llamamiento, en palabras que son remedo de Nietzsche: “¡Guardadme a España! Libradme a España de toda estupidez, de toda frivolidad e incoherencia, de toda renunciación y blandura. ¡Hacedme dura a España!” (84). Aunque Unamuno hubiese defendido el liberalismo en una entrevista con Ledesma que allí también puede leerse (23), bastaría una declaración de aquél sobreponiendo la religión civil española, “su ciudadanía universal o divina, sobrehumana” a la cuestión de las formas de gobierno, para que Juan Aparicio se apresurase a decir que tal religión civil española era la de *La Conquista del Estado*, que tenía ya sus mártires, sus milicias, su fe santificante y embriagadora (253). La revista llega a agrupar, ostentosa, manifestaciones verbales de Maeztu, Baroja, Menéndez Pidal, Unamuno y Salaverría bajo el rótulo: “Los hombres del 98 afirman con nosotros la indiscutible unidad de España, frente a la traición de los profesores gubernamentales” (265). Y Emiliano Aguado, poniendo por encima de los valores instrumentales cultivados por la burguesía los valores vitales de la nueva política rebelde y totalitaria, plantea: “La masa troncha las alas de los espíritus que quieren volar. ¿Concebís a Nietzsche o a Unamuno al servicio de una masa fabril y con instintos de máquina? En ese ambiente de plebeyez no se puede forjar más que la mediocridad; el genio se ahogaría, o le exterminarían por estéril” (329).

En las páginas de *La Conquista del Estado* Ramiro Ledesma deplora: “Cuando se hacen precisas de nuevo las dotes guerreras y las decisiones heroicas, el burgués se repliega y entontece, empequeñeciendo los destinos del pueblo” (72). Y critica a los intelectuales del demoliberalismo: “Hoy que se precisa ir dibujando los contornos de una civilización postliberal, creadora de mitos colectivos, de pueblo, para lo que es imprescindible una vanguardia intelectual, tenemos aquí el triste espectáculo de una regresión, de un retroceso. Y tiene que ser el sindicalista ciego y anónimo, el luchador impenitente, quien marque una ruta de violencia, de creación y de gloria” (241).

Tanto el principio de la voluntad de poder (“conquista del Estado”) como los tópicos nietzscheístas de la masa rebañega y la urgencia de transmutar los valores afloran en el

Ledesma que escribe al Comandante Franco la carta *¡Hay que hacer la revolución hispánica!*:

Hay (...) que nutrir de revolucionarios nuestras filas y lanzarse violentamente a la conquista del Poder. Poco a poco se va formando en España conciencia combativa, espíritu guerrero, de asalto, y es de presumir que disminuyan esas multitudes vergonzosamente inertes... (Hay que) crear una doctrina revolucionaria y enarbolar como bandera una revisión total de los principios políticos y sociales que hasta aquí han condenado a infecundidad a nuestro pueblo [11].

La base de la doctrina de Ramiro Ledesma Ramos, tal como es desarrollada en los escritos publicados bajo el título general de *Discurso a las juventudes de España* (1935) [12] es doble: la idea nacional de la Patria como empresa histórica y garantía de existencia histórica de todos los españoles, y la idea social del orden sindicalista como garantía del bienestar económico de todo el pueblo. Ni el nacionalismo ni el sindicalismo pueden ser entroncados en el pensamiento de Nietzsche. Pero de éste vienen, directa o indirectamente, ciertas actitudes y gestos espirituales: la busca de enemigos cercanos y concretos (p. 32); el ánimo guerrero: "Hay que ser soldados" (67); la postulación de una moral interventora, que desconfíe de lo que no proceda del propio sujeto combatiente (115); el encauzamiento de la revolución hacia una minoría dirigente por aquella misma creada (119); el desprecio de leguleyos, burócratas, renunciadores y resentidos, y la entereza para afrontar las luchas del futuro (121); el aprovechamiento del momento vital en que se es joven, vigoroso y temible (141); la elección del camino "transmutador y subversivo" (163)... Ramiro Ledesma acusaba al marxismo de "renunciar en las propias filas revolucionarias a los valores peculiares de la milicia, y hasta de la moral de guerra, renunciar a los mitos heroicos y a la ilusión creadora por la conquista y el predominio" (241). "Se está operando una transmutación mundial", decía, y el bolchevismo, el fascismo, el racismo y otros programas "son erupciones, iniciaciones, impregnadas ya de lo que ha de venir" (292).

Por tanto, si en verdad Nietzsche tiene poco que ver con el contenido ideológico totalitario de quienes recurrieron (o no recurrieron) a su nombre, es obvio por otro lado que esas ideologías tomaron de Nietzsche, de cerca o de lejos, modales éticos y premisas de sensibilidad ante la historia y el mundo: la exaltación vitalista del peligro y de la guerra, el ímpetu viril, la moral de nobleza y lealtad hacia uno mismo, la aversión a las democracias y al liberalismo del siglo XIX, la tendencia a una aristocracia jerarquizadora, la apetencia de subversión, el anhelo de poderío, el ademán profético.

Parecidas resonancias, aunque menos que en Ramiro Ledesma, pueden detectarse en otros teorizadores del Movimiento Nacional, sindicalista, siempre —repetimos— rebajadas o aumentadas por casi cuatro decenios de tradición o transmisión nietzscheísta (en España y fuera de España).

NOTAS:

[8] Madrid, Editorial Reus, 299 pp.

[9] Preámbulo de *Zarathustra*, § 4.

[10] *Op. Cit.*, Madrid, 1941, p. XXV.

[11] *Op. Cit.*, Impr. de la Editorial Albero, Madrid, 1931, p. 26.

[12] Citamos por la 4ª ed., Edics. F.E., Madrid, 1942.

[Texto extraído del libro *Nietzsche en España*, Parte III, Nietzsche y las generaciones posteriores. Capítulo III: El influjo de Nietzsche en las generaciones últimas, pp. 654 – 659]

>ARCHIVO ALOJADO EN LA PÁGINA WEB «NUESTRA REVOLUCIÓN»  
>SECCIÓN SOBRE RAMIRO  
>DOCUMENTO N. 43